

Buenos días. En primer lugar, quiero dar las gracias a Fundación Mapfre y, en particular, a Jesús Monclús por habernos invitado a esta jornada tan interesante e importante. Hoy tenemos el placer de contar con la presencia de expertos en la materia, así que me voy a centrar en un testimonio. Stop Accidentes es una organización sin ánimo de lucro en la que participamos de manera voluntaria las víctimas de siniestros viales; en Stop Accidentes nuestra prioridad son las víctimas y la prevención, precisamente para evitar que sigan ocurriendo siniestros viales.

Me llamo David, David Landazabal, tengo 58 años, soy alcohólico rehabilitado y no debería estar aquí. He estado muerto cinco veces: una de ellas, literalmente; el resto, cada vez que he tenido que enterrar a un miembro de mi familia: mi padre, mi madre, mi hermano pequeño y mi hermano mayor. Cada uno de ellos en días diferentes, en años diferentes, pero con algo en común: «la carretera», «los vehículos», «las malas decisiones». Y todo evitable.

Verán, durante los 14 meses posteriores a la muerte de mis padres, antes de morir yo, pasé por un infierno. Pero no el de la pérdida —ese también—, sino el del desconsuelo, el de preguntarte por qué, ¿qué he hecho para merecer tal castigo? De repente perdí el valor por la vida. Ahí me hice alcohólico, aunque no fue solo eso: se me abrieron las puertas a sustancias que me harían olvidar. Entonces empecé a probar todo lo que me llegaba: cannabis, anfetaminas, cocaína y alguna otra sustancia más novedosa. Lo mejor, la sensación de que podía olvidar; lo peor, el regreso. Y cuanto más tiempo pasaba, más sustancias ingería y peor era ese regreso. Fueron 14 meses que nunca podré quitarme de la cabeza, fueron años que me hundieron en las peores sensaciones que pude tener.

Entonces morí en un siniestro en moto. Me resucitaron. Me destrocé medio cuerpo: 15 intervenciones quirúrgicas para que no se me olvidara que tomé una decisión errónea. Pasaron los años y pude reconstruirme con mucho esfuerzo y dolor, pero seguí siendo alcohólico. Me casé, tuve hijos y todo parecía mantenerse en un equilibrio muy débil. Al morir mi hermano pequeño tuve una recaída, una depresión, un divorcio, y empecé a querer irme otra vez.

Entonces ocurrió: conocí a una persona, mi mujer. Me ayudó a salir, a reconstruirme con más fuerza que nunca. Empecé a conocer a personas que hacían cosas por los demás a pesar de haber vivido situaciones peores que las mías, y todo empezó a tener sentido: mi vida, la de los demás, el futuro, la vida en sí. Hace cuatro años murió mi hermano mayor. Mi peor miedo era cómo podría enfrentarme a esa situación: ¿recaería de nuevo? No. Lo conseguí. Mi alma estaba en paz. Ahora trabajo para que a los demás no les pase esto, para dar esperanza, para que se vea que se puede salir y se puede volver a encontrar el sentido, la vida.

Un adicto es una persona enferma; necesita seguimiento y tratamiento. Por eso es importantísimo que la sociedad responda. Debemos poner las medidas necesarias para no mezclar la adicción con la conducción ni con situaciones que generen riesgo, para los demás y para uno mismo. Está en nuestra mano: más controles, seguimiento y contacto entre administraciones, no dejar circular a los reincidentes hasta que exista un informe que diga que son aptos y, como siempre, educación. Muchas gracias.